

Las cosas que veo

Mary Costello

Traducido por Isabel Puente Lozano

El viento silba afuera de mi habitación. Sopla detrás de nuestra calle de casas y recorre todas las ventanas de las demás habitaciones. Cuando me imagino estas otras, con los otros maridos y mujeres dentro, escucho al mío moverse de un lado a otro en la planta de abajo. Ya habrá acabado de leer el periódico y de separar los trozos de carbón en la chimenea. Luego llevará la bandeja a la cocina, con cuidado, con el periódico doblado debajo del brazo. Lavará las tazas y las dejará secar, y subirá la persiana para que entre luz en la cocina por la mañana. Por último, desenchufará los interruptores y cogerá su manojito de llaves. A veces, muy a veces, —con la casa en silencio a su alrededor— se detiene y se prepara una tetera, la cual toma en la mesa de la cocina. Me sé la manera en la que se sienta: las piernas largas hacia un lado, el periódico apoyado en la tetera, o con la mirada en dirección a la esquina cerca de la puerta trasera, pensativo. Bebe el té a grandes tragos y le da un pequeño lametón discreto a la taza —un simple movimiento de la lengua— para evitar que caigan gotas. Cuando escucho el ruido de su silla contra los azulejos, apago la lámpara y me doy la vuelta. Don es predecible e inspira confianza. Esta noche se está preparando la última tetera.

Hay noches en las que me gustaría bajar y darle sombra, quedarme de pie detrás de su silla y tocarle el hombro. Mis brazos pálidos le rodearían el cuello y me inclinaría para que nuestras caras entraran en contacto. Algunas noches —entre los ratos de desvelo— imagino hacer esto. Sin embargo, me quedo de pie y le observo desde la puerta de la cocina, y tan solo soy consciente de los azulejos fríos debajo de mis pies descalzos. Hay una severidad y una autoridad en el porte de Don que hace que me resista. Tiene la espalda recta y unos hombros cuadrados, el pelo muy negro y la piel muy tersa y suave, sin imperfecciones, como si tuviera muchas capas de epidermis perfecta. A su lado, con mi piel pálida y mi pelo claro, soy como un animal subterráneo insignificante, que le mira con ojos débiles.

Mi hermana Lucy está de visita esta semana. Duerme en la habitación de al lado y cuando se da la vuelta oigo el cabecero chocar con la pared. Me levanto y voy junto

a la ventana. La luz de la cocina ilumina el jardín trasero y el camino de gravilla que dirige a la caseta. Cuando estoy fuera de esta casa tengo que dejar que mi mente se desborde por esta habitación para poder dormir. Tengo que reconstruirla en la desconocida oscuridad de la otra habitación antes de que pueda rendirme al sueño. La ventana da a los viejos abetos, que se alzan altos y oscuros más allá del muro del fondo. La casa, estos árboles, y un trozo de cielo sobre mi cabeza son mis fronteras. Me encierran, y esto me gusta. No puedo soportar vistas lejanas, perspectivas amplias o esperanzas prolongadas. Cuando vinimos aquí por primera vez Don quería que escogiéramos la habitación delantera; da al oeste, tiene sol y da a la calle. Le gusta escuchar los sonidos del vecindario; le gusta saber que hay vida a nuestro alrededor. Algunas noches duerme allí afuera. Esta tarde me dijo que era intolerante.

Esta noche quiero estar sola. Andaría por las habitaciones alfombradas del piso de arriba y enderezaría las cortinas, doblaría la ropa, y organizaría cosas. Me tumbaría en la cama e inhalaría el aroma de Don de la almohada; y este contacto, esta proximidad a él, sería suficiente para ponerme nerviosa y excitarme —de una forma demasiado esperanzadora—. Algunas veces, cuando Don y Robin están fuera y estoy sola en casa, entro en un estado de euforia —su recuerdo hace que una vaga satisfacción me arrastre—. Permito entretenerme en su arrebol, pero más tarde hay algo: un golpe en la puerta, una noticia en la televisión, la caldera de gas encendida afuera, que lo destroza todo. Últimamente me preocupa nuestro futuro. No me preocupa el hecho de envejecer, si no el de crecer de manera distinta. Don se impacienta si digo estas cosas. Veo cómo su rostro cambia y sé que está pensando: «por el amor de Dios mujer, cálmate».

Voy al baño y la luz hace que me escuezan los ojos. Allí me lavo la cara. Ahora él podrá escuchar mis movimientos. Me hecho crema y me doy un masaje en la piel de alrededor de los ojos y los pómulos. Tengo los ojos azules, como Lucy. Somos cuatro chicas en mi familia y todas tenemos ojos azules. Salgo al descansillo y me apoyo en el barandal, luego miro el halo de luz que sale por debajo de la puerta de la cocina. Me paro afuera de la puerta de Lucy. Me la imagino debajo del edredón, con la sábana cubriendo sus hombros y su pelo esparcido por la almohada. Lucy se dedica a la música. Toca el violonchelo en una orquesta y esta tarde tocó una danza tradicional de Rumanía en el salón. Robin tenía puesto su pijama y estaba lista para irse a la cama, pero luego cogió el arco de Lucy. Lucy le dejó darle la vuelta con cuidado y le explicó cosas sobre la crin y la colofonia, cómo se hace música con los instrumentos de cuerda y le enseñó a tocar una cuerda. Luego la cogió en brazos, la acarició y respiró el aroma a manzana de su pelo.

—¿Has pensado en llevarla a clases de música? —preguntó un segundo más tarde—. Podría aprender a tocar el piano, o el violín. Ya es mayor.

Antes de que tuviera tiempo de responder, acercó su cara a la de Robin.

—¿Te gustaría, cariño? ¿Te gustaría tocar mú-si-ca de verdad?

Robin se rio y se aferró a Lucy como un monito. Estaban sentadas en el sofá en frente de mí. Una mosca azul vino de no sé dónde y zumbó sobre mi cabeza.

—No sé —dije—. Ya hace muchas cosas y solo tiene 6 años.

Observé cómo la mosca azul iba hacia la lámpara haciendo zigzag como si estuviera bebida y por un momento me preocupé. Todos los días hay insectos que vuelan hacia esa esquina iluminada. Aterrizan en la bombilla halógena y se extinguen en un suspiro.

—No lo dejes para más tarde, Annie. Tiene oído; desde luego que tiene oído. Hoy mismo se lo he dicho a Don.

Luego llevó a Robin arriba y cuando se levantaron dejaron un pequeño aroma a su paso. Me recordó a las rosas color crema que cuelgan de la celosía arqueada en el jardín de casa. No, me recordó a Lucy. Creo que siempre ha desprendido ese aroma, como si estuviera deshaciéndose de un exceso de amor. Me pregunto si toda esa madera, colofonia y tripa de oveja lo sofocan. Me la imagino sentada entre otros chelistas, con el gran instrumento entre sus rodillas y su pelo cayendo a un lado de su cara, con el arco en su mano derecha dando vida a cada nota larga y acongojada y los dedos de su mano izquierda presionando el cuello del instrumento o resbalándose en el diapason hasta que pienso que va a desangrarse en las cuerdas. Hoy he observado esas manos mientras pasaban un jarrón de flores a Robin. Le ha enseñado a llevar las flores de habitación a habitación según nos movemos.

Me giro y voy de puntillas a la habitación de Robin. La luz de la lámpara proyecta un brillo en su piel y su respiración es tan silenciosa que por un segundo me preocupo y pienso en sostener un espejo pequeño en su boca, como lo hacen las enfermeras para comprobar la respiración de los que están muriéndose. Es una niña guapa, inmóvil, contenida y perfecta, y tan alejada de mí que a veces creo que no es mía; no hay parte de mí que la reclame. Don se ha quedado en casa y la está criando, por lo que está creciendo segura de sí misma. A menudo en el trabajo me acuerdo de repente de ellos, y me paro a mitad de una oración. Me los imagino en alguna parte de su día: Don preparándole la comida, hablando con su profesora, cogiendo su mochila y esperándola en la acera. Tengo un conjunto de imágenes infinitas a las que puedo acudir. Esta tarde, según entraba en el aparcamiento Don tenía las llaves en la puerta. Los tres, Don, Lucy y Robin habían ido a dar un paseo. Hacía viento, tenían bufandas y guantes, y sus mejillas estaban coloradas. Lucy y Robin se rieron y me

saludaron según entré. Permanecí sentada mientras observaba a los tres durante un instante. Ahora tengo otra imagen a la que puedo acudir.

Si tengo otro hijo algún día lo reclamaré; miraré a Don después del parto y le diré: —Este es mío. Lo tengo todo planeado.

Esta tarde después de la cena Don quitó el grifo de agua fría de la cocina. Esparció periódicos y herramientas por el suelo, quitó las cosas de las baldas de los armarios y se estiró para empezar a trabajar en las tuberías. Abrió la puerta trasera y salió y entró a la caseta varias veces; un aire frío sopló por la casa. Después de un rato se escuchó un borboteo, un jadeo, y un torrente de agua se derramó a lo largo del estante hacia el suelo. Se echó hacia atrás y maldijo. Robin estaba en el salón viendo Nickelodeon y Lucy estaba practicando en el comedor. Yo había estado deambulando por la casa ordenando cosas, cerrando cortinas, mirando por aquí y por allá. Había pasado por encima de Don varias veces y por su caja de herramientas, llaves inglesas y cajas de detergentes desparramados a su alrededor.

—¿Qué pasa? —pregunté finalmente. Su cabeza se encontraba en el armario— ¿Qué estás haciendo? —insistí.

—Liberándolo —dijo. Y pensé en el viaje que esta sola palabra tuvo que hacer; rebotó en la base del fregadero para luego rebotar de nuevo y llegar a mí—. ¿Has notado lo lento que va últimamente?

Me apoyé contra la encimera. La música del violonchelo entró desde la habitación contigua; tres o cuatro notas graves, luego una pausa, y luego de nuevo las mismas notas.

—¿No se arreglaría con el desatascador?

Observé su torso, largo y fuerte, y sus hombros presionados contra el estante inferior. Levantó una pierna mientras se esforzaba por girar un tornillo. Sus pantalones de pana marrones estaban gastados en la rodilla derecha. Casi le perdono al ver esto y al pensar en su piel de debajo. El violonchelo se detuvo y luego comenzó de nuevo. Me concentré en las notas e intenté reconocer la melodía. Lucy favorece a Schubert; me dice que es todo pureza. No tengo oído y apenas puedo reconocer a Bach.

—¿Es urgente? —pregunté.

—No.

—Entonces, ¿no puede esperar?

Me imaginé su parpadeo lento. En la otra habitación Lucy pasó de página. Sentí como pausaba y se estabilizaba antes de levantar el arco de nuevo. Una sola nota sombría comenzó a desplegarse en el silencio que nos rodeaba, y cuando pensé

que ya no podía continuar y que se desangraría las manos, tocó la siguiente nota. Ascendió y luego descendió una octava y pensé que era Bach. Es la suite sublime que escuchamos una y otra vez durante los primeros meses del embarazo, y luego paramos, porque a Don le preocupaba que tanta melancolía fuera a afectar a su futuro hijo.

—¿No puedes hacer este tipo de trabajos durante el día, cuando no hay nadie en casa? —solté. Había comenzado un compás nuevo y la música ascendía, envolvía.

Salió del armario y tiró la llave inglesa a la caja.

—¿Qué demonios te está molestando esta tarde?

—Shhh. No hables alto, por favor.

Era Bach, y me esforcé por captar cada nota y recordar el título mientras podía; antes de que la melodía se acabara.

Empezó a recoger las herramientas y a tirarlas a la caja.

—Madre mía, tenemos que vivir. Me quedé allí medio escuchando. La música empezó a desvanecerse hasta que solo quedó una última nota clemente. Puedo reconocer las señales: el estrechamiento de sus ojos mientras habla, la acidez de su boca cuando está herido, aborrecido, y ya no puede soportarme. La música se detuvo y yo también ansiaba detenerme. Le miré hasta que algo titiló dentro de él y sus ojos encontraron los míos. Nos encontramos de nuevo.

Entonces se inclinó hacia mí y me habló en voz baja, de forma tensa.

—¿Qué te pasa, Ann? ¿Por qué eres tan jodidamente intolerante?

Se dejó caer contra el fregadero y me miró fijamente; yo en cambio fijé la mirada en la oscuridad más allá de la ventana. Escuché el intento de Lucy de amortiguar nuestra ira con el sonido de su partitura, el violonchelo y su postura. Quería que empezara a tocar de nuevo, que nos enviara sonidos embelesadores. Luego me pregunté si él la había escuchado, si la melodía le había alcanzado debajo del fregadero durante todo este tiempo y si la había recordado, o reconocido. «¿Cuál es el nombre de esa pieza?» ansiaba preguntarle, «esa sonata que Lucy acaba de tocar, ¿la que una vez amamos, tú y yo?»

Pensé en ellos, en Lucy, Don y Robin cuando estaban en la puerta principal antes. Habían estado riéndose. ¿Quién había dicho algo gracioso? Robin es simple como su padre, tiene el pelo negro y largo; algunos mechones se le habían escapado de la bufanda. Don también se estaba riendo, pero cuando vio mi coche apartó los ojos y cogió una llave de su manojito. Tenía un tipo de mirada en su cara; una que he visto antes. Es una mirada abatida y sombría, y cuando la apartó esta tarde a lo mejor estaba recordando otro día; el cual yo también estaba recordando.

Robin acababa de nacer y Lucy, que había terminado la universidad, se quedó con nosotros algunas semanas para ayudarnos con ella. Había querido un hijo desde hace mucho tiempo y ahora, cuando lo recuerdo, creo que vivimos esos primeros días en una bruma surrealista desconocida. Por la noche, cuando no podía dormir, me giraba y miraba a Don en el calor de la lámpara, con sus rasgos oscuros tan pacientes y silenciosos gracias al sueño, y me gustaría preservarnos a nosotros —a Don, Robin y a mí— por siempre en aquel entonces, en ese hermoso resplandor color ámbar.

Ese día había ido a la ciudad y había estado caminando por parques y calles, viendo mi cara feliz pasar de ventana en ventana. En mi estado de aturdimiento y euforia compré cigarrillos y me senté en la terraza de un café; eché un vistazo a los rostros de las otras personas y sentí una oleada de esperanza. Una pareja de ancianos salió con una bandeja y se sentó, apenas hablaban el uno con el otro pero estaban contentos. Chicas jóvenes se apiñaban alrededor de las mesas, enredaban con sus melenas largas y charlaban con chicos. Encendí un cigarrillo y me comí la mitad del bombón que acompañaba a mi café; guardé el resto para más tarde para así disimular mi aliento a humo. No había fumado en años y la calada me disparó los pulmones, y la oleada de nicotina aceleró los latidos de mi corazón e hizo que mis dedos temblaran; cerré los ojos y disfruté de la pura intoxicación de todo a mi alrededor.

De repente me sobresalté cuando una paloma me rozó el brazo y aterrizó a mis pies. Se agitó y saltó sobre una pierna y luego vi su pie dañado. Solo quedaba un dedo del pie deformado y su uña estaba encarnada, enrollada firmemente alrededor de la pierna, hinchada, dolorida e inutilizable. Me encontré con el ojo redondo, negro y vacío de la paloma y pensé en la frase "abandonada y en ruinas", y me pareció la frase más triste que jamás me había pasado por la cabeza. Otras dos palomas aterrizaron cerca y picotearon las migajas. Luego sopló una ráfaga de viento, apretando contra la calle, y tiró servilletas, vasos de papel y envoltorios de las mesas. Mi bombón —a medio comer en su envoltura de papel de oro— aterrizó en el suelo. Mi paloma saltó y picoteó el bombón. Sonreí a su buena fortuna y luego, en pánico, pensé que Don olería el cigarrillo cuando llegara a casa. Miré el reloj y me acordé de Robin, de sus pequeños puños y sus párpados húmedos, y me pregunté por qué me había alejado de ella. Cuando me levanté, un terrible barullo de alas batientes y chillidos comenzó a mis pies. Las otras palomas habían venido a por mi bombón. Habían arrinconado a mi paloma coja. —Fuera, largo —les dije. Agité los brazos e

intenté levantarme de nuevo, pero con mi corazón clamoroso, mis manos temblorosas y el terrible chirrido de las palomas, caí de nuevo en la silla.

Más tarde hui de la ciudad, temblando, y conduje rápidamente hacia los suburbios, con Robin en mi mente y una sensación de que no iba a volver a verla.

Una vez en la puerta metí la mano en el bolsillo, pero no encontré ninguna llave. Miré por la ventana del salón. Robin estaba dormida en su cuna moisés; estaba allí, fuera de peligro, y era mía.

Caminé hacia la parte trasera de la casa. Los viejos abetos apuntaban al cielo y todo estaba quieto. El vecindario estaba en silencio y no se podía escuchar ni a las aves, ni a los perros ni a los niños jugar en la calle. Por lo menos así es como lo recuerdo, como si todas las criaturas vivientes hubieran sentido el peligro y hubieran huido; como lo hacen en las tierras altas del Himalaya o en los Alpes antes de una avalancha. La mitad de la puerta trasera es de cristal y Don estaba de espaldas. Levanté la mano para dar golpes en esta y entonces vi a Lucy, frente a él, acurrucada en la encimera. Él estaba encima de ella, inclinado, con un brazo a cada lado y las palmas de sus manos sobre la encimera. Ella tenía las piernas abiertas; la tenía acorralada. El cuerpo y el rostro de ella estaban ocultos. Sus manos se movieron sobre sus hombros, y luego sus dedos tocaron su cuello, y sus piernas en vaqueros emergieron de entre las suyas. Miré la parte posterior de su cabeza, su cabello negro y grueso, sus hombros cuadrados. Llevaba una camisa a cuadros que le había regalado por Navidad y sus pantalones de pana marrón oscuro. Él movió sus caderas y sus muslos, triturándola, y pensé: «es demasiado pequeña para él, la aplastará». Pero subestimé a Lucy.

Y luego dejó de moverse e inclinó la cabeza, como si hubiera escuchado algo. Giró la cara hacia la derecha y me deslicé hacia atrás. No pudo ver más que una sombra, como la de un pájaro cruzando la puerta de atrás. Caminé ligeramente hacia la parte delantera y me senté en el coche. Más tarde toqué el timbre y fingí buscar algo en el maletero. Todo comenzó a tener vida y moverse de nuevo. Un Jeep entró en la calle sin salida y un niño gritó mientras pedaleaba en su triciclo a lo largo de la calle. Una alarma sonó en el otro extremo de la calle.

Finalmente, Don abrió la puerta.

—Me olvidé las llaves —le expliqué rápidamente. Me miró, con esa mirada demasiado tranquila.

—Deberías haber venido por la parte de atrás. Robin podría haberse despertado con el ruido del timbre.

—¿Ha estado dormida todo el rato? —pregunté, y nos miramos durante un momento, el cual fue terrible, y ninguno de los dos escuchó su respuesta.

*

Ahora escucho cómo se mueve en la parte de abajo y estoy ansiosa. Está cerrando la puerta de atrás. Ahora mismo tengo la sensación de estar en ambos lugares; allí abajo con él, y aquí en la cama. Mi corazón late con fuerza y no voy a poder dormirme pronto.

Y luego, de repente, me siento agotada por el esfuerzo de haberle seguirlo. Mi cama está demasiado caliente, es demasiado familiar, como un lecho de enfermo. Estoy agitada, me retuerzo y me giro; me tumbo de forma horizontal e intento usar todo el espacio. Me acuerdo de cuando estuve mala de pequeña, de la fiebre y de la voz de mi madre en la habitación oscura, salvándome. Y ahora quiero a Don aquí, quiero el recuerdo de él aquí. Lo quiero a mi lado para que pueda encontrar la pendiente de su cuerpo y acostarme en ella. Quiero que me lleve a sus brazos a través de la cama. Quiero que ponga su mano encima de mi vientre, que presione suavemente y sienta que el deseo me inunda. Quiero estar en silencio y fantasear, y ver esta habitación, este cielo, todo, desde un ángulo diferente. Quiero estar protegida por los árboles y acostarme a su lado y dormir.

—¿Estás despierta?

No le escuché subir las escaleras. Me ha robado antes de que esté preparada. Se acerca a mi lado de la cama, pero retrocede un poco. Su voz es suave y está derrotada. Abro los ojos y le miro. Estoy esperando a que surja algún sonido dentro de mí, alguna palabra que pueda enviar a través de esta corta distancia y que no decepcione. Él también espera y nos miramos durante un rato largo. Sé que algo se ha echado a perder, y luego se aleja y comienza a desnudarse. Por primera vez su desnudar, pieza por pieza, es demasiado íntimo, aplastante y revelador; cierro los ojos y lloro.

Entra al baño y cierra la puerta. Escucho la cadena y el cepillado de los dientes. Cuando regresa, camina por la habitación y cuelga la ropa, desenchufa el secador de pelo y pone los zapatos en su lugar. De vez en cuando se aclara la garganta de manera precisa y enfática. Lo hace cuando discutimos —así parece ocupado en su tarea, intacto, sin problemas, distante—. Lo hace para distanciarme, para reducirme, para hacerme pensar: «Esto no es nada». Y me pregunto: «¿Acaso magnifico todo, magnifico las palabras, el dolor y los silencios? ¿Acaso Lo hago?»

Coge una almohada y por un momento pienso que se la va a llevar a la habitación de enfrente. Sin embargo, se sube a la cama a mi lado. Se sienta con los brazos cruzados y puedo sentir cómo su pecho asciende y desciende. Me pregunto cuáles son sus pensamientos, esos pensamientos claros que le atribuyo; me pregunto sobre su certeza, sobre cómo quiere descifrar las cosas siempre cuando todo lo que yo puedo invocar es silencio, y cómo nunca le voy a conocer si no que siempre le voy a imaginar. Afuera se escucha un aleteo producido por nuestra ropa en el tendedero, y luego un silbido producido por el viento, leve y distante, como si se estuviera alejando para dejar nuestra casa en paz esta noche. Y pienso que así es como son las cosas, y así es como van a permanecer; y con cada noche y cada viento nuevos sé que también estoy arrinconada, y así permaneceré, porque no puedo dejar de amarle.

Things I See © Mary Costello

This story was first published in The Stinging Fly magazine in 2010 and subsequently in the short story collection The China Factory (Stinging Fly Press 2010 and Canongate 2015).

Las cosas que veo, translation by Isabel Puente Lozano © Literature Ireland 2020